



PAZ Y BIEN

PARROQUIA INMACULADA CONCEPCIÓN

III Domingo de Adviento

14- XII- 2014

Textos:

Is.: 61, 1-2a. 10-11

Tel.: 5, 16-21.

Jn.: 1, 6-8. 19-28.

*“Él me envió a vendar los corazones heridos”.*

Este domingo, tercero de Adviento, es llamado *Domingo de Gaudete*, por la exhortación que Pablo nos hace en la segunda lectura: *“Estén siempre alegres”*.

El cristiano que se prepara para celebrar la Navidad, se alegra porque es conciente del don que nos trae Jesús Redentor. Esta alegría el cristiano la difunde y por “atracción” evangeliza.

Si somos dóciles a la acción de Dios, Él dispone nuestra inteligencia y nuestro corazón al encuentro de la alegría y de la verdad. Es San Pablo el que nos exhorta a estar siempre alegres en el Señor; es una alegría distinta a la mundana, siempre imperfecta, frágil y quebradiza. Sabemos que *“la sociedad tecnológica ha logrado multiplicar las ocasiones de placer, pero encuentra muy difícil engendrar la alegría. Porque la alegría tiene otro origen. Es espiritual”* (Pablo VI, G. in D., I).

Para nosotros, los cristianos, la alegría tiene su fuente en el Hijo de Dios que con su encarnación creó un clima de gozo; pensemos en el episodio de la Visitación, cuando el Bautista saltó de gozo en el seno de Isabel ante la proximidad del Salvador (Lc. 1, 41-44); o la alegría de María expresada en el Magnificat después del anuncio del Ángel que la invita a la alegría (Lc. 1, 28).

La alegría cristiana se nutre de sabernos amados y salvados por Jesús, por su amistad, sus consuelos; todos estamos llamados a compartir esa alegría, y se comparte amando como Jesús amó. Debemos buscar y vivir la alegría cristiana *que “es por esencia una participación espiritual de la alegría insondable, a la vez divina y humana del corazón de Cristo glorificado”* (G. in D., II).

Todos podemos caer en la tristeza, hasta a los mismos Santos les ocurría. San Francisco, el juglar de Dios, evitaba con especialísimo cuidado la perniciosa enfermedad de la tristeza, de tal manera que, apenas se daba cuenta que ella se asomaba a sus pensamientos, volaba a la oración, porque decía: *“Cuando el cristiano se siente conturbado por alguna cosa, como puede suceder, debe acudir prontamente a la oración y permanecer en presencia de Dios hasta recobrar su salvable alegría. Pues si se entretiene en la tristeza, el habilísimo demonio, que se alegra cuando puede arrebatarnos la paz, se siente con fuerza, pudiendo engendrar en el corazón una pereza continua”* (Celono · “Vida de San Francisco” XII, LXXXVIII).

Nadie se debe sentir excluido de esta alegría que el Señor nos trae; porque quien experimenta y vive esta alegría, sale a los caminos *“a llevar la Buena Noticia del evangelio a los pobres, a vendar los corazones heridos, a proclamar la liberación a los cautivos y la libertad a los prisioneros”* (Cofr. L’Oss. Rom. Nº 48, 2014). Ser misionero de la alegría y del consuelo es abrir el corazón y prestar el oído a los que están viviendo un tiempo de tristeza y angustia; es permitir al que sufre compartir el peso del dolor.

Que el buen Dios ayude, a los que aguardamos la alegre esperanza que Cristo nos trajo, a comprender que todos podemos decir: *“El Espíritu del Señor está en mí, Él me envió a llevar la Buena Noticia a los pobres”*.

Amén

G. in D.